Capítulo 3: El Princeso

1

La victoria había sido fácil, demasiado fácil, lo cual solía poner a Gaspar Lobera, el Príncipe Zafiro, como lo llamaba la plebe, de mal humor. Nada más empezar el duelo habían bastado las cinco runas Sped en las placas de acero que cubrían sus botas para propulsarlo a gran velocidad y salvar la distancia entre él y el arzobispo de Conztanza. Al igual que el hermano de Gaspar, el arzobispo no era ningún caballero rúnico, sino más bien un mago. Peligroso si le daba tiempo para conjurar sus hechizos, pero vulnerable a corta distancia. Ni siquiera tenía la espada alzada, sino que pasaba las páginas de su grimorio que flotaba a un costado. Lo primero que el duque hizo fue cortar el libro en dos de un tajo de Tizón, la espada ancestral de la familia Lobera, cuyas runas incandescentes emitían el brillo zafiro que daba lugar al apodo de su portador.  
El arzobispo activó las runas en su guantelete, pero antes de que pudiera terminar de leerlas, el duque ya estaba contrarrestando su hechizo Faëran conjurando Angaz en tres menor, desviando el haz de luz dorado. Se fue a estallar contra la custodia mágica que protegía a los espectadores. La explosión hizo que el estadio retumbara en gritos de jolgorio. Al mismo tiempo, Tizón arremetía contra su rival. La translúcida custodia mágica del arzobispo contuvo la ira de la espada, y su propia arma por fin se alzó para unirse a la contienda. Pero para cuando la primera runa grabada en el filo se prendió en un verde esmeralda que indicaba su naturaleza Püsle, el duelo ya había terminado. Tres rápidas estocadas de Tizón y la fina custodia turquesa que lo envolvía se vino abajo, disipándose en un millar de motas cristalinas.  
  
—¡El vencedor es Gaspar Lobera, Duque de Lisandra y de Irinea, Paladín de la orden de los caballeros rúnicos, Comandante de las Fuerzas de la Liga, e hijo del Hechicero Supremo de la Liga de Magos!  
Tras los aplausos, las irritantes ovaciones y todas las ceremonias, el duque se acercó al arzobispo y le puso una mano en el hombro.  
—Lo siento por el grimorio —le dijo. Este yacía en el suelo fragmentado en dos, abrasado en su mayor parte—. Mándale un recibo a mi Maestro de Armas y te reembolsaré cualquier valor que pidas.  
—No pasa nada —respondió el elfo —. Tengo centenares como este. Buena pelea, ojalá hubiera estado a la altura.  
—No te voy a mentir, pudiste haber luchado mejor. Espero poder enfrentarme a tu primo en el torneo de Eleonora, que ya va a ser pronto —dijo, quitándose el yelmo. Tenía cabello y barbas negros, ojos azules, tez grisácea y nariz aguileña.  
—Lo pondré sobre aviso, pues, para que se vaya preparando.  
  
Ambos montaron sobre sus respectivos pegasos, saludaron a los setenta mil espectadores, y abandonaron el estadio a través de uno de los múltiples arcos que adornaban la cima de la cúpula del coliseo. Cuando el duque llegó a los establos de la basílica de Diamanthora, y una vez sus escuderos lo alcanzaron y lo ayudaron a quitarse el arnés y desmontar de Gabriela, y también a quitarse la armadura adornada con zafiros, se dirigió a reunirse con su padre.  
Lo había dejado cuidando de su pequeña hija, Sofía, en sus aposentos de lujo. Tenían una reunión familiar en breves, así que se dio prisa a través del laberinto de escaleras de mármol y de funcionarios del imperio. Tocó en la puerta, pasó la llave y entró sin pedir permiso. Los encontró tumbados sobre el suelo y sonrió. Padre la había vuelto a convencer para jugar a hacerse los muertos y así poder tomarse una siesta sin ser molestado.  
  
—Sofía, ya puedes dejarte de juegos, que ya has ganado. El abuelo está durmiendo.  
La niña de pelo rizado y ojos esmeralda, a la cual no se le daba muy bien jugar a los muertos ya que no era capaz de contener su entusiasmo ni estando inmóvil en el suelo, se levantó con rapidez y, patosamente, dio unos pasos para confirmar lo dicho por su padre.  
—¡No vale, abuelo!  
Le agitó el hombro con sus regordetas manos, pero el anciano elfo ni se inmutó. Viéndolo ahí, con su larga barba blanca a juego con su cabellera, piel del color de la ceniza bajo la luz de la luna, nariz bulbosa y rosada, vestido con una bata y zapatilla de andar por casa, y roncando levemente, no pudo evitar sonreír. Costaba creer que estuviera ante una de las personas más ricas y poderosas del mundo.  
—¡Padre, despierte! ¡Padre!  
El anciano abrió un poco los ojos. Miró de un lado a otro, bostezando y confuso.  
—¿Dónde estoy? ¿Dónde está Emma? Hablad con Emma, ella os lo solucionará —dijo, volviéndose hacia un lado y durmiéndose una vez más.  
—Emma ha muerto hace años, y estás en la basílica de Diamanthora, a dos días de los votos. ¡Padre! ¡Despierte! ¿Se ha tomado la medicina?  
—¡Abuelo!  
La niña lo volvió a agitar por el hombro, y este aprovechó para agarrarla y provocarle cosquillas.  
—¡Ya va, ya va! —dijo, mientras la pequeña reía.  
Al duque ni siquiera le hacía falta una respuesta, se acercó al baúl de viaje y sacó una caja de madera repleta de pócimas. Padre siempre se olvidaba de la medicina, y aunque se acordase, no sabía cuál era la dosis correcta. Gaspar era el que estaba al cargo de sus cuidados.  
—Tenemos la reunión esa que concertaste esta mañana, ¿recuerda? —dijo entretanto ponía la botellita de cristal a la luz del sol y la golpeaba con el dedo, examinando la disolución.  
El anciano se levantó trabajosamente mientras ponía a la niña a un lado.  
—¿Reunión?  
—Sí, con toda la familia y… ya sabes. Lo de…  
—Ah, sí —Lo fulminó con la mirada, un ojo verde esmeralda como el de Sofía, y el otro nublado por cataratas—. Todo eso.  
Abrió la boca para que Gaspar le diera la cucharada de medicina y tragó, arrugando el rostro con desagrado.  
—Bueno, pues no perdamos más tiempo. ¿Dónde están Colatho y mi sombrero?  
—¡Aquí! —respondió Sofia, trayendo el lujoso bastón con grabados rúnicos y adornos de diamantes en su extremo, y también el sombrero picudo de la Universidad de Dacaroth.  
—Primero dejemos a Sofía con su madre. Carmela no necesita asistir, ¿o sí? — indagó el duque.  
Padre negó con la cabeza mientras tomaba las posesiones que la niña le ofrecía. El bastón era tan largo que la pequeña apenas podía sostenerlo por mucho tiempo. La agarró a ella también en sus brazos y la puso sobre sus hombros.  
—Muy bien, en ese caso vayamos —dijo Gaspar.  
—Tu padre es todo negocios, nada de diversión —le dijo padre a la niña, la cual le quitó su sombrero de mago y se lo puso ella misma en la cabeza. Le quedaba tan grande que le ocultaba los ojos.  
—Papá es un hombre muy importante, todo el mundo lo dice.  
—Sin lugar a dudas —respondió el anciano, sonriéndole a Gaspar.  
—¿Tú también eres importante, abuelo?  
—Nah. Yo solo soy un viejo idiota. Un viejo que ni ve ratas.  
—¿Es por culpa de tu ojo ciego?  
—Sí, tal vez. Pero por suerte el que está sano lo ve todo.  
  
Bajaron a la octava planta del ala oeste de la basílica. La habían reservado entera para que toda la familia pudiera hospedarse durante las elecciones, bajo el pretexto de que padre, en sus funciones como Hechicero Supremo, tuviera acceso rápido a posibles consultas de última hora. Dejaron a la niña en las habitaciones de Gaspar y su esposa, la cual le dio un beso en la mejilla antes de despedirse, y luego volvieron a subir por las escaleras de mármol, rumbo al comedor privado de la duodécima planta. Allí era donde iba a tener lugar la reunión.  
—Ya sabes que no me gusta que te quedes dormido mientras estás echándole un ojo a Sofía —dijo el duque mientras caminaban.  
Padre sacudió la mano, como descartando el comentario.  
—Le puse siete custodias encima. Ni aunque la metieras en un barril de ácido y la tirases en una catapulta le pasaría nada. Y cerré la puerta con llave.  
Padre aceleró el paso una vez llegaron al corredor que conducía a las estancias, sujetando a Colatho por el centro y musitando algo que Gaspar no pudo entender pero que no auguraba nada bueno. Se sacó el Loberonicón, su grimorio personal, de un bolsillo interior de su bata y este se abrió solo, quedándose flotando a un lado. Las páginas pasaron como si una ventisca las estuviera hojeando, y se detuvieron en un pasaje de glifos que brillaron en una multitud de colores cuando padre los leyó rápidamente. Las inmensas puertas de roble vigiladas por guardias se abrieron como si un ariete las hubiera golpeado, y pudieron ver que ya había gente dentro.  
Gaspar discernió a su hermana Aurora, sentada a lado de la cabecera de la mesa. Era una elfa de cabello plateado, piel gris, y ojos azules marcados por ojeras rosadas. Ostentaba varios títulos, pero el más importante de todos era el de senescal de padre. Donde Gaspar era el comandante de las fuerzas militares de la familia, Aurora era la que llevaba la mayoría de los asuntos administrativos y legales, y actuaba como portavoz de padre en cualquier circunstancia en donde estuviera ausente.  
También vio a su primo Hilario, el idiota fanfarrón, susurrándole algo a Aurora al oído, a su hermano Gespirito sujetando una copa de vino, a la tía Isolina, la Reina de las Arañas, a lado de la chimenea, al tío Fermín, que en realidad no era tío de nadie pero lo llamaban así, picoteando un poco de queso, y a su hermana Leopolda riéndose de algo que el primo Gustavo estaba diciendo. Twylwarlais II, el emperador, también estaba allí, a solas en un extremo de la mesa. Todos se asustaron cuando las puertas golpearon las paredes con una fuerza tal que parecía que las bisagras fueran a estallar.  
—Hey, papá —dijo Gespirito, acercándose. Cuando entraron, Gaspar se dio cuenta de que había más gente en la sala de la que esperaba. El tío Filisindro, que era tío de verdad, y varios sirvientes —. He publicado mi nueva crítica de teatro en el Relaciones. A ver qué te parece esto: —Desenrolló el periódico—. “Aunque me siento compungido a la par que anonadado por el coraje, acaso incluso atrevimiento de la decisión tan exacerba y oh siempre tan adamantina del aclamado director y dramaturgo Eodär Illiden por incluir a un actor humano desempeñando el papel del hidalgo alto elfo…”  
—Gespirito, chúpame la polla, anda —le espetó padre. Colgó su sombrero de la percha más cercana y dejó a Colatho en una esquina. Luego se volvió al resto, fulminándolos con su ojo esmeralda —. Quiero saber quién de vosotros fue el retrasado mental que le dijo al rey de Jalolandria que estamos interesados en comprar tierras.  
Los que estaban sentados se apresuraron a levantarse, y los que ya estaban de pie empezaron a revolotear de un lado a otro. Gespirito dio un largo trago de su copa, con los ojos muy abiertos. Los guardias que estaban afuera, en el corredor, cerraron las puertas, y los sirvientes se apresuraron a llenar las copas que estuvieran vacías.  
—Uhmmm… padre, creo que… —empezó Gaspar.  
—No te he hablado a ti, princeso —lo interrumpió padre —. Le hablo a esta jauría de villanos y sicofantes a la que llamo familia.  
Dio largos y angustiados pasos hacia la cabecera de la larga mesa mientras el Loberonicón lo seguía, levitando. Aurora se volvió a sentar.  
—Papá, yo no… yo… no sé quién, pero yo…  
—Sí, sí, tú no has sido, Aurora, eso ya lo sé. Ni capaz serías de algo tan astuto tampoco. Ponte tranquila, que te va a dar una taquicardia, anda.  
Aurora parecía querer llorar, aunque esa era su cara por defecto cada vez que padre le reñía.  
Este tomó asiento y suspiró. Gaspar se sentó enfrente de Aurora, y el resto procedieron a sus correspondientes lugares.  
—¿Dónde está Valentino? —preguntó entonces el duque, notando su ausencia.  
—Sí, ¿dónde está el cretino? Lo conozco desde que era corrida tocándome los cojones desde dentro, seguramente fue él —dijo padre.  
—Tarde, como siempre —respondió el tío Filisindro. No tenía a su sobrino en muy alta estima.  
—Padre, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Leopolda, tratando de poner la voz más angelical que era capaz.  
Era la hermana más pequeña, y la que mejor podía apaciguar a padre, después de Sofía, claro.  
—Sí, padre, ¿qué ocurre? —dijo Gespirito.  
—“Qué ocurre”, como si no lo supieras de sobra, Gespirito. No han pasado ni dos días y ya habéis ido con el cuento a todo el mundo. Que parece que nunca dais aprendido la lección: yo me entero de todo. ¿Qué pasa, que ya has vuelto a comprar bonos del imperio y has querido ir de chupa anos a hacerle dinero a tus amigos maricones?  
—No, papá, no fui yo. Esta vez lo juro.  
—También lo jurabas cuando financiamos la guerra entre Conztaza y Xydalia.  
—No recuerdo haber jurado nada durante aquel episodio, pero te repito que lo siento. También debo decir que encuentro altamente ofensivo que te refieras a los elfos silvestres como “maricones”. Son gente bella y apasionada que…  
—Cállate la boca. Abraza-árboles de mierda y defensores del tojo, con sus gilipolleces de género fluido y arte de mierda que hasta un niño subnormal podría hacer. Hablando de subnormales, vosotros —Miró a los primos Hilario y Gustavo — ¿Le habéis ido con el cuento a mi hermano? Dije que el tema no debía salir de entre los que estábamos en la sala en ese momento, sin importar quién fuera.  
—Yo no le dije nada, lo juro —afirmó Hilario.  
—Ni yo.  
—A lo mejor fue tu querido primogénito. El princeso ahí sentado, todo calladito —sugirió Aurora, señalando a Gaspar, el cual se limitó a alzar los brazos, confuso —. Sí, sí, hazte el tonto. ¿Cuánto te pagan los gremios por venderle a niños muñequitos de acción hechos a tu semejanza?  
—Lo de que son para niños es una sugerencia, Aurora —señaló Gespirito.  
—Si Val estuviera aquí, estoy seguro de que encontraría una forma de hacer un chiste pervertido sobre tu pregunta, Aurora —repuso Gaspar.  
—El princeso jamás me traicionaría y eso es todo lo que tengo que decir al respeto —se limitó a decir padre — ¿Y tú qué, Isolina? ¿Vas a decir algo con al menos una pizca más de inteligencia que Aurora u os mando a las dos a la puta cocina a plancharme los calzoncillos?  
La tía alzó la cabeza con orgullo.  
—Vete a la mierda, Lisardo —dijo—. Yo no soy como tus hijos para que me hables así. Y no, no dije nada, tus asuntos no me incumben.  
—No te incumben excepto cuando necesitas dinero para pagarte los divorcios. ¡Y te hablo como me de la puta gana mientras estés bajo mi techo!  
—Técnicamente es techo del imperio, que estamos en la basílica —señaló Aurora, sin darle la cara a padre.  
—Lo dicho, mi techo, ¿o has nacido ayer? —Padre miró al emperador Twylwarlais II, como si recién notase su presencia —. Sin ofender, Firulais.  
—No hay ofensa ninguna, señor. Y no, antes de que pregunte, no dije nada a nadie.  
  
El emperador era un alto elfo de la edad de Valentino, apenas treinta y dos años. Cuando su padre murió, poco faltó para que su trono fuera usurpado por sus generales y sus tierras confiscadas. Fue padre quien consiguió sentenciarlos a muerte y tomar al joven emperador bajo su tutela, criándolo como si fuera un hijo más. Consideraba a Gaspar y al resto como hermanos.  
En ese momento las puertas se volvieron a abrir con el mismo melodrama de antes, lo cual solo podía significar una cosa: Valentino. Gaspar tornó la cabeza para confirmarlo. Decían que su hermano era la viva imagen de su padre cuando este era joven. Alto, de ojos verdes, pelo negro azabache y largo hasta los hombros, piel gris pálido y barba bien recortada. Su parecido con padre iba acentuado por su indumentaria. Era el único de los hermanos en haber estudiado en Dacaroth, la universidad de magia y runismo, y en conseguir que le concedieran el bastón y el sombrero que oficialmente le daban el título de mago. Gaspar conocía el lenguaje de runas necesario para usar artefactos encantados, pero Valentino no solo conocía ese lenguaje, sino también el complejo léxico y sintaxis de glifos necesario para producir las runas. Eso significaba que podía conjurar hechizos sin necesidad de artefactos enrunados, simplemente leyendo los textos de glifos, ya bien fuese en papel o desde la memoria. A menos que fuesen enrunados, la mayoría de hechizos solían requerir docenas y docenas de páginas de glifos para ser conjuradas, y Valentino y padre se conocían un puñado de ellos de memoria, sin ni siquiera necesidad de consultar sus grimorios. Eso les daba ventaja sobre las runas en que podían alterar las propiedades de los hechizos al tiempo que los conjuraban, en vez de estas estar fijadas, pero a costa de que les llevaba más tiempo. Gaspar se sabía dos, ambos hechizos de custodia mágica, pero para todo lo demás dependía de artefactos como Tizón.  
  
—Qué coño pasa, hijos de puta —dijo Valentino mientras caminaba dentro. Dejó su sombrero y abrigo de cuero en la percha, el bastón a lado del de padre, y dio la vuelta a la mesa, dándole un fuerte abrazo a Leopalda al pasar a su lado, haciendo como que le daba un puñetazo a Gespirito en el mentón al pasar al lado del suyo, y estampándole un beso a Aurora en la mejilla. Esta reaccionó como si un mosquito la hubiera picado.  
—Hala, insultando a nuestra querida y difunta madre —le recriminó Gaspar, pero a Valentino el comentario le pareció hilarante y su respuesta fue una mera carcajada.  
—Ya te oigo gritar desde fuera, viejo. ¿Qué pasa, que hoy toca recordarles a tus hijos lo decepcionantes que somos, lo mucho que tenemos que estarte agradecidos de siquiera respirar, y que somos todos unos inútiles? —dijo, dándole un beso a padre en la frente al pasar a su lado y revolviéndole la melena.  
—No, pero si lo dijera tendría toda la razón del mundo —respondió este, haciendo aspavientos con la mano para que se apartara y reordenándose el pelo.    
—“Y te hablo como me de la puta gana mientras estés bajo mi techo.” Si me dieran media moneda de bronce cada vez que he escuchado eso, ahora mismo sería tres veces más rico, y eso que ya soy asquerosamente rico. Viejo, vestido así parece que te hemos rescatado de mendigar en las calles.  
—Y tú vestido así pareces un niño de papá al que este le dio toda la riqueza de la que presume —respondió padre.  
Valentino le dio un apretón a Gaspar en el hombro y se sentó a su lado.  
—¿Quién coño plancha calzoncillos en la cocina, por cierto? —dijo entre risas — ¿No te decidías por un comentario machista y tuviste que hacer dos al mismo tiempo, viejo?  
Aurora y la tía Isolina rieron. Padre los ignoró y señaló al tío Fermín con el dedo.  
—Fermincito, ¿qué tienes que decir?  
—Quizás hayan sido los Parceló los que se chivaron—sugirió el tío Fermín, que parecía ya tener la respuesta preparada —. Son los únicos a los que de momento hemos contactado para empezar negociaciones.  
—Imposible que sepan nada, solo les hemos mandado a nuestras putitas a que los convenzan de venir a Diamanthora —le dijo padre. “Putitas” era como llamaba a los ministros del imperio—. Y aunque lo supieran, ¿por qué habían de decir nada? Deben de estar como quinceañeras ante la idea de que siquiera contactemos con ellos, no van a arruinar su oportunidad de escapar del lodazal inmundo que son sus tierras. El lodazal que es todo el nombre de su familia, mejor dicho.  
—Fui yo —dijo entonces Valentino, sin más.  
Los tíos Fermín y Filisindro intercambiaron miradas anonadadas, y los primos se rieron, pensando que era una broma. Pero los hermanos palidecieron, pues como había vaticinado el anciano, ya se temían que seguramente había sido él.  
—Aham… —se limitó a decir padre, apoyando la cabeza sobre sus manos cruzadas y con la cara inexpresiva.  
—¿Qué estás diciendo, Valentino? —preguntó la tía Isolina, atónita.  
—Estabais hablando sobre quién filtró nuestros planes de comprar tierras, ¿no? Bueno, pues os estoy diciendo que fui yo. Misterio resuelto, ya no nos intimides más, viejo, que el primo Gustavo ahí está usando toda su fuerza de voluntad para evitar cagarse en los pantalones y ya casi puedo verle la mierda salirle por la boca.  
Gaspar miró a su primo, el cual, en efecto, estaba pálido y tembloroso.  
—Val, eres un idiota —dijo Aurora.  
—Sí, Val, ¿qué cojones? —añadió Gespirito — ¿Traicionando a tu propia familia? Media estrella de cinco, no te recomiendo.  
Hizo como que escribía en un cuaderno imaginario.  
—Deja el drama para tus críticas pedorras de teatro, Gespirito. Estoy acelerando nuestros planes.  
—¿Acelerando los planes? —dijo Twylwarlais —. Si los altos elfos se enteran de esto, adiós planes. No van a dejar que unos simples dro… que unos elfos oscuros los igualen en poder, o incluso superen.  
—Ya los superamos, es solo que nadie te lo ha dicho todavía. Y uh, ¿ibais a decir la palabra que empieza por D, majestad Firulais? —respondió Valentino con una sonrisa de oreja a oreja —. Puedes llamarnos drows todo lo que quieras, entre nosotros lo hacemos todo el tiempo, ¿verdad, viejo drow? Tenemos a papá drow, princeso drow, mi hermana la drow suprema, etcétera.  
—Val… —Aurora puso los ojos en blanco.  
—No te olvides de capullo drow —dijo Gaspar, apoyando la mano en la espalda de Valentino.  
—Gespirito y Leopalda son solo medio drows, pero siguen siendo oscuros. Mala hierba nunca muere.  
—¡Val!  
—¿Qué?  
—Padre ha sido muy claro sobre la privacidad de nuestros planes —dijo Gaspar.  
—¿Y qué? Uno no va al mercado a hacer la compra en susurros. Hay que gritar para anunciarse.  
—¿Por qué no nos dijiste nada primero? Ninguno de nosotros puede actuar por su cuenta, de lo contrario esto sería un circo —dijo la tía Isolina.  
—Vosotros no podéis actuar por vuestra cuenta, yo puedo hacer lo que me de la puta gana. Estoy aquí por mutuos intereses, no solo por ser miembro de la familia, ¿recordáis? Tengo mis propios Faros.  
  
Cuando padre no era más que un sargento mayor miembro de la por aquel entonces familia menor de barones Lobera, viendo la necesidad de los caballeros rúnicos y de los magos de batalla para tener acceso inmediato a recursos de éter, diseñó los Faros Etéreos. Por aquel entonces era un joven mago y hechicero, graduado de Dacaroth desde hacía poco pero con muchas ambiciones. Conjurar hechizos requería del uso de ese gas producido naturalmente por el cuerpo conocido como éter. Cuando un caballero rúnico o un mago consumía cierta cantidad de éter, debía reponer fuerzas antes de reanudar el lanzamiento de hechizos, de lo contrario la magia le carcomía la carne y los huesos, drenando toca la energía y materia que podía sustraer del cuerpo hasta matarlo. Pero aquello había cambiado con los Faros.  
Torres con una gran esfera de luz en sus cimas, de ahí el nombre, absorbían toda partícula de éter que podían extraer del área en que eran construidos, proporcionando una fuente sostenible y continua del gas que se podía almacenar en bolas de cristal. Cuando conjuraban sus hechizos, los magos no necesitaban más que sostener las esferas en sus manos para restablecer sus fuentes de éter. Muchos académicos y nobles afirmaban que esto había sido el factor determinante para que el imperio de Diamanthora ganase la guerra contra los Ascaroth, y desde entonces la economía y el uso de la magia habían cambiado para siempre. Las esferas de éter se habían convertido en una moneda más valiosa que el oro o la plata, convirtiendo a los Lobera en los banqueros más adinerados del mundo en cuestión de unos pocos años, y la magia ya no era una disciplina reservada para unas pocas familias aristocráticas de elfos. Enanos, hadas, e incluso algunos humanos podían aprender runismo y conjurar hechizos, con variados grados de sofisticación entre ellos, pero la oportunidad presente.  
Desde el día en que se convirtió en mago, Valentino había empezado a construir sus propios Faros, con sus propios diseños y adquiriendo sus propias tierras. Padre lo consideraba un simple ladrón y aprovechado, y solía decir que sus diseños tenían de original lo que pescar en la letrina. Lo cierto es que, incluso antes de robarle los Faros, a padre nunca le había agradado mucho Valentino. No le agradaba nadie, pero a su tercer hijo le tenía especial inquina, y Gaspar nunca tuvo muy claro por qué. Quizás porque, cuando eran pequeños y les daba clases de magia, Valentino era el más rápido en aprender y el que menos se tomaba en serio sus lecciones, y se burlaba de Twylwarlais por ser tan lento, hasta el punto de hacerlo llorar varias veces. O quizás por aquella vez en que, cuando tenía doce años, se burló del tío Filisindro por haber ido valiente a la guerra y vuelto un cobarde borracho. Padre le cruzó la cara de una bofetada aquel día, la primera vez que le levantó la mano a un hijo, aunque no la última. La segunda vez ocurrió cuando Valentino, enfadado porque padre no acudió a su nombramiento como mago de Dacaroth, le terminó echando en cara que madre seguramente se suicidó por no tener que aguantarlo. Aquella vez padre no le dio una bofetada como si fuera un niño, sino un puñetazo como si fuera un hombre, y Gaspar tuvo que intervenir.  
Cuando padre ya empezó a envejecer, en más de una ocasión Valentino había causado que se desmayase del enfado, y a veces, cuando Gaspar le estaba dando cuidados médicos, padre solía hablar de él entre delirios, diciendo que lo que va siempre vuelve, y que no tenía fuerzas para devolverle la sonrisa en la oscura noche.  
—El tiempo pasa y un día te das cuenta de que eres un viejo feo y asqueroso. Otra herradura más, oxidada y esperando a ser reemplazada. Lo veo todos los días, incluso sin espejos —dijo una vez.  
—¿Lo dices por los cuadros de cuando eras joven? Si quieres los mando retirar —le había respondido Gaspar.  
—¿Cuadros? ¿Qué cuadros?  
La situación era cien veces más absurda considerando que, desde hacía seis años, Valentino era el heredero de todas las propiedades y casi todos los títulos de padre tal y como figuraban en el testamento, siendo la única excepción el título de Hechicero Supremo, el cual no era hereditario, sino que el consejo de Trismegistos era el encargado de decidir a quién concedérselo.  
—¡¿Tu heredero?! —Había gritado Gaspar al recibir la noticia por parte de padre en privado, en el mismo momento en que estaba escribiendo el testamento —. Yo debería ser tu heredero, soy tu primogénito. Soy el comandante de tus ejércitos, el que sabe luchar y dirigir, y el que ha ganado batallas y conquistado castillos. Soy el elegido de Tizón, y el que mejor lo empuña en siglos, sin lugar a dudas, y soy el que más cuida de tu salud —Se le empañaron los ojos. Añadió en susurros —: He matado por ti. Por nuestra familia.  
—Yo también he matado por nuestra familia —dijo padre, parodiando sus susurros y sin parar de escribir—. Más que tú, y no siempre bajo el amparo de la ley vigente.  
—A Valentino lo quiero mucho, y es un mago brillante, pero tú lo aborreces y te hace la vida imposible.  
—No lo aborrezco, y, de todas formas, no me ha dado otra opción el pequeño mierdecillas consentido — Con cada palabra que decía la pluma daba un trazo más punzante —. Somos un linaje de hechiceros, y esto que estamos viviendo no es más que el principio de lo que se puede hacer con las esferas de éter. Reyes, duques, marqueses, barones… todo va a ser devorado por la industria y la magia. Nuestra familia necesita el apoyo del Hechicero Supremo, y a Valentino es a quien me sería más fácil conseguirle el puesto. El Hechicero Supremo y mi heredero deben ser la misma persona, como una quimera con la cabeza de un león y el culo de un babuino.  
Miró a su hijo, como esperando que el chascarrillo lo animase, pero Gaspar no estaba de humor para ello.  
—Parece ser que yo también soy otra herradura más, entonces.  
Aquello hizo a padre dejar la pluma en el tintero, levantarse y acercarse a él.  
—No, ni de coña. Nunca vas a ser mi heredero, Gaspar, pues me eres muy preciado como para ser eso. Precisamente, por ser mi primogénito, y al que mejor he preparado, vas a ser otra cosa. Vas a ser algo mejor.  
—¿Algo mejor? ¿Lo qué? ¿Rey de Diamanthora? —dijo Gaspar con una risa cínica.  
—No, eso le corresponde a Firulais por derecho, y pfff, no es algo mejor, ni de lejos.  
—¿Entonces qué? ¿De qué voy a ser rey?  
—De todo, el mundo entero. Al fin y al cabo, eres mi príncipe.  
Aunque padre tenía una forma de hacer que cualquier cosa sonase posible, Gaspar recordaba que había pensado que le estaba tomando el pelo.  
—¿Rey del mundo entero? — preguntó, alzando las cejas —. Ni siquiera tengo derechos al trono de Diamanthora, mucho menos al antiguo linaje perdido del Reino Ascaroth. Es más, no solo eso: nuestra familia fue una de las principales responsables en ganar la guerra contra lo que quedaba de su dominio. A eso sumarle que la nobleza drow es considerada baja entre el resto de la nobleza élfica, e incluso entre ellos éramos considerados bajos antes de que construyeras los Faros. ¡Nuestra familia ni siquiera era parte de la nobleza de elfos oscuros hasta hace unas seis generaciones! ¿Bajo qué autoridad voy a ser coronado rey?  
—Bajo la autoridad de mis santos cojones.  
A pesar de todo, en seis años nunca le había dicho nada a Valentino sobre el tema. Cuando Gaspar le preguntó, padre se limitó a decir que “nunca se le borraría esa sonrisita idiota si se lo digo, ya se enterará cuando me muera…”  
  
—“Yo puedo hacer lo que me de la puta gana” —repitió padre mientras sostenía una de las plumas encima de la mesa y la mojaba en tinta —. Qué malote eres, Valentino. Mucho ojo, que la libertad es un arma de doble filo. A ver si voy a postergar nuestros planes unos años, negar cualquier afirmación de que estoy involucrado en la compra de tierras, decir que actúas por tu cuenta, como tú mismo admites hasta en público, y dejarte a ti solito ante los altos elfos a lidiar con la mierda que tú mismo acabas de crear.  
Mientras hablaba, el grimorio aterrizó en frente del anciano, el cual empezó a escribir.  
—No vas a hacer tal cosa después de que escuches lo que voy a decir, viejo.  
—Eres un peligro, Val —empezó Aurora —. No se puede confiar en ti para nada.  
—Nop —reconoció Valentino —, pero da igual, ya que mi plan va a funcionar y beneficiará a nuestra familia de forma espectacular.  
—Es lo que pienso que es, ¿verdad? —dijo Gaspar — ¿Por qué no nos dijiste nada?  
—Hay ocasiones, querido hermano mayor, en que es mejor pedir perdón que pedir permiso. Si os lo hubiera contado, no me hubierais creído, y aunque me creyeseis, tú no lo aprobarías por tu código de honor y el resto pensaríais que es muy arriesgado.  
—Y algo me dice que hubiésemos tenido razón —señaló el tío Fermín.  
—Esto no es uno de tus juegos. Cuando se está en la posición que estamos nosotros, hay un mar de elecciones, y cualquier decisión precipitada puede terminar en desastre. Estás arriesgando empezar una guerra —añadió la tía Isolina.  
—Es que empezar una guerra es el plan, por eso Gaspar no lo aprobaría —dijo Valentino —. Los superamos en número, armas, dinero y magia, y tenemos a Firulais en reserva. Nunca hemos sido tan poderosos como somos ahora, y quizás nunca lo volvamos a ser si no sacamos provecho de ello. Lo único que necesitamos es un pretexto más o menos razonable para ir a la guerra y nos la darán si los desafiamos públicamente al amenazar con quitarles la única cosa en la que nos superan: tierra.    
Se hizo el silencio en la sala. Aurora puso los ojos en blanco, Leopalda abrió la boca, buscando con la mirada a alguien que estuviera tan impertérrita como ella, Gespirito rio como si Valentino estuviera de broma, y el duque le sostuvo la mirada con reproche. Padre no quitaba la vista del grimorio mientras escribía con una mano y sostenía una lupa en frente de su ojo sano con la otra.  
—Estás muy mal —dijo Aurora —. Aunque los superemos militarmente, siempre se pueden refugiar en la fortaleza de Conztanza. Nos llevaría años de asedio, y para entonces podrían perfectamente amasar fuerzas con sus aliados, más los clanes de elfos silvestres, elfos nocturnos, y mercenarios. Una guerra es arriesgar el todo por el todo, cuando podemos obtener lo que queremos sin derramamiento de sangre si actuamos con sutileza. Ya sé que al princeso y a ti os gusta dar hostias primero y pensar después, pero esto requiere mano fina. ¡Eh, deja de hacer blablablá con la mano, que esto es serio! No llevamos años maniobrando estratégicamente nuestro ascenso político solo para que vengas tú ahora a querer romper el nudo con un golpe de espada. Solo te vas a dar en el pie.  
—Mi querida hermana, a ver si algún día aprendes que no hace falta andarse con tantas sutilezas y tantos juegos previos cuando se tiene un pollón enorme.  
Y como queriendo ilustrar mejor su punto, Valentino sacó algo de su bolsillo y lo estampó con fuerza contra la mesa. Gaspar ya sabía lo que iba a ser. Era una maqueta de madera.  
—Por un segundo pensé que literalmente te ibas a sacar la polla del bolsillo y ponerla sobre la mesa —dijo Gespirito.  
—No nos cuentes tus parafilias. Esto es mi obra maestra, el arma definitiva. Requirió muchas noches dándome de cabezazos por hacer ingeniería inversa de los Faros y solucionar problemas de diseño. He tenido a ejércitos de artífices enanos y magos renegados trabajando incansablemente para materializar mis planos y hechizos. Ningún asedio va a durar más de unos pocos días, ya que no existe muralla o custodia mágica que pueda resistir su potencia. Lo llamo cañón. Cañón etéreo.  
—¿Otra vez esta idea fumada de los cañones? —dijo Leopalda, llevándose la mano a la cara.  
—Creía que los cañones no eran más que artillería mediocre sin utilidad práctica, como la mayoría de las invenciones enanas —señaló Twylwarlais —. Incluso aunque la pólvora que funciona no valiese una fortuna, e incluso si almacenarla cerca de las tropas no fuese un gran riesgo del que el enemigo se podría aprovechar fácilmente haciendo buen uso de un Cuchilla Nocturno, la estructura no sería capaz de resistir la implosión. Y aunque de alguna manera pudiera hacerlo, el retroceso haría que fuese imposible predecir dónde va a aterrizar la bola de cañón. Hay más probabilidades de terminar dándole a nuestras propias tropas, o de que todo el artilugio les explote a sus mecánicos en la cara, que de derribar mura...  
Pero Gaspar dejó de prestar atención a Firulais, ya que acababa de ver por el rabillo del ojo que padre levantaba la vista de su grimorio, dejaba la lupa a un lado, y observaba la maqueta atentamente. La figura de madera consistía en un tubo cilíndrico montado sobre un soporte con ruedas. Su diseño era intricado, con adornos de grabados y símbolos rúnicos, y lo que debían de ser gemas decorando la culata. Conectado a la boca de fuego mediante un sifón había lo que Gaspar dedujo debía de representar un tanque de metal en donde se depositaría el éter. Tenía un telescopio montado en su cima. Su anciano padre rara vez sonreía, y cuando lo hacía era solo con Leopalda o Sofía, pero aquella vez, aunque solo fue por medio segundo, Gaspar pudo ver cómo su ojo traicionaba lo que de otra forma hubiera sido un rostro inexpresivo.

2

El castillo de Cym Enther, hogar del linaje Lobera desde su ascenso a la nobleza hacía más de mil años, se podía ver desde el acantilado en donde Gaspar estaba almorzando. Los académicos de la familia no se ponían de acuerdo en quién se lo había concedido; unos decían el conde de Ifsathaes, otros el rey de la olvidada Mnrius. Algunos incluso pensaban que habían sido los enanos, lo cual seguramente le haría mucha gracia a Valentino, si le interesase estudiar la historia familiar. En cualquier caso, todos estaban de acuerdo en que no fueron los Lobera los que lo construyeron. Consistía en un bastión de piedra negra y fría, dentro de una inmensa cueva a la cual solo se podía acceder por mar. Las afiladas torres reforzadas con hierro hosco semejaban estalagmitas en la oscuridad de la cueva. La torre central era la más alta, tanto que la habían erigido a través de la montaña hasta salir al exterior, y era lo que ahora Gaspar podía ver en la distancia. Los estandartes, con los colores negros y azules de su casa, eran azotados sin misericordia por el viento. Todavía portaban el emblema del lobo bajo la montaña, que había sido el escudo de armas de la familia antes de que padre lo cambiase por el símbolo del Faro. La mayoría de los emblemas de las familias nobiliarias de elfos oscuros solían ser arañas, lobos, murciélagos, arpías, pulpos, y demás simbología lúgubre.

—Nosotros seremos los primeros elfos oscuros en traer la luz al mundo —dijo padre cuando anunció su decisión de cambiar el escudo de armas. Valentino fue el primero en estallar en carcajadas, seguido por el resto. Incluso Gaspar fue incapaz de disimular una sonrisa —. Sí, sí, idos a la mierda todos. Lo importante es que el mundo piense que traemos la luz.

Pero a pesar de ello, nunca mandó retirar los viejos estandartes de Cym Enther, ni ninguna otra decoración que tuviera el escudo de armas original, ya bien fuesen tapices, candelabros, vidriales o alfombras. Para alguien que odiaba el pasado, padre a veces mostraba un silencioso respeto por él con gestos como aquel.

—El senescal de Cym Enther está aquí, señor duque —le informó Don Domingo, su chambelán y antiguo tutor, sacando a Gaspar de su ensimismamiento.

—Dile que espere en el pabellón principal, junto con mis generales. Voy a nadar un poco antes de que empiece la reunión —respondió.

Le dio un último sorbo a su té y se levantó de la silla que sus sirvientes habían puesto allí por orden suya. Siempre que viaja con las tropas en los dominios de Cym Enther, ya bien fuese para hacer marchas de práctica, torneos, justas, o, como en aquel caso, poner a prueba nueva artillería, le gustaba levantar campamento en aquellos acantilados de la Costa Negra. No solo porque le daban una excelente vista a la Isla de Enther, donde se erigía el castillo Cym Enther, sino también porque le gustaba hacer el salto de sesenta metros al mar. Se quitó la camisa de seda que usaba para dormir, quedando vestido solo con sus pantalones de cuero, y la dejó encima de la mesita donde descansaban la taza de té y el plato vacíos que había usado durante el almuerzo.

—De paso le diré a los mozos de establo que vayan preparando a Gabriela —dijo Don Domingo, dando un largo suspiro. No le gustaba cuando Gaspar saltaba de los acantilados.

Mientras escuchaba sus pasos sobre la hierba alejarse, se concentró en las runas harmónicas Püsle que tenía memorizadas. Para leer cada runa harmónica correctamente, debía sentir la emoción asociada con ella. Las runas Fäeran estaban asociadas con miedo, ansiedad y horror; Joïe con alegría, esperanza, placer y amor; Sörg con tristeza, dolor y hastío; Seoran con desprecio, envidia y asco; Angaz con ira, orgullo, valor y odio; y Püsle con curiosidad, sorpresa y deseo. Cada tipo de runa tenía variantes dependiendo de la intensidad y clase de emoción, las cuales los académicos de la magia solían representar en distintas capas dentro de círculos concéntricos en cuyo centro había un eneagrama, con cada una de sus alas señalan las seis runas harmónicas y las tres runas resonánticas. Todas las variantes de runas en las capas externas al eneagrama eran llamadas mayores, y las que estaban en las capas internas eran llamadas menores. El hechizo que cubría su cuerpo con una custodia protectora, en caso de que el salto no le saliese bien, requería de veintisiete runas Püsle, incluyendo doce de sus dieciséis variantes; también requería tres runas Angaz y siete runas Fäeran, pero solo una variante de cada. Gaspar no era fácil ni de ira ni de miedo, así que agradecía que el hechizo que más utilizaba no fuera muy estricto en esas emociones.

A medida que iba recitando las runas en su cabeza, podía sentir el éter fluyendo por sus venas con mayor intensidad, moldeándose, abandonando su cuerpo a través de los poros de su piel con un ligero cosquilleo y transformándose en una traslúcida segunda piel de color verde, la cual resplandeció por unos segundos antes de volverse invisible. Respiró hondo mientras se aproximaba al borde del precipicio, y observó las olas en la distancia. Decían que había gente que era capaz de dar el salto sin necesidad de ninguna custodia. Gaspar dudaba de que fuera verdad. El viento susurraba en sus oídos y los rayos de sol matutinos acariciaban su piel. El azul profundo del mar, casi negro, parecía extenderse hasta el infinito. Tenía mariposas en el estómago y el corazón le palpitaba con fuerza, pero no solo no le molestaban, sino que le producían placer, porque sabía que esa sensación pronto sería reemplazada por poder y libertad. Cerró los ojos, volvió a respirar el aire salino, llenándose con la frescura del océano, y se lanzó al vacío.

La caída libre fue un torbellino de colores y sonidos, con su cuerpo sintiendo la aceleración vertiginosa mientras el mundo a su alrededor se difuminaba. El impacto de cabeza fue un abrazo líquido que lo envolvió por completo, junto con la euforia. La fuerza de la custodia rompió a través del agua como si fuera una bala de uno de los cañones que Valentino iba a traer ese día para hacer pruebas. Se sumergió a una profundidad considerable, suficiente para que todo fuese oscuridad a su alrededor. Visualizó las runas que componían el segundo hechizo que se sabía de memoria, la custodia Angaz que lo hacía más fuerte, y las leyó. Le llevó un par de minutos, ya que las runas Angaz no se le daban bien y concentrarse bajo el agua no era fácil, pero finalmente sintió sus venas dilatarse y el éter cubrir su piel. Aunque tenía la visión borrosa, pudo ver la fina capa roja cubriéndole la piel antes de desaparecer. Dio una sola patada y salió propulsado varios metros. No tardó en llegar a la superficie a una velocidad tan vertiginosa como la que lo trajo bajo agua. Dio un gran salto, describiendo un arco, y aterrizó sobre una roca cerca de la Isla de Enther, destrozando erizos, mejillones, percebes y trozos mismos de piedra con sus pies al aterrizar.

Volvió al agua y siguió nadando por un tiempo, paseándose entre la Costa Negra y la Isla de Enther. Vio a Gabriela, su pegaso, asomando desde la cima del acantilado. La llamó a gritos, y la bella criatura emprendió un galope que se convirtió en vuelo. Bajó haciendo una elegante espiral, sus alas de plumas plateadas capturando los rayos de sol, y aterrizó en el agua cerca de su amo. Gabriela había sido entrenada por los mejores maestros de establos, e incluso encantada por los mejores zontanomantes para que tuviera una conexión instintiva con Gaspar. Se subió a la silla de montar y emprendió el vuelo de regreso a su tienda de campaña.

Cuando llegó, vio que Valentino y Gespirito ya estaban allí, tomando té con Don Domingo alrededor de la mesa donde había almorzado antes. Ambos solían pasarse las noches en vela, uno practicando magia, el otro de juerga, o ambos de juerga, dependiendo de las circunstancias. Le sorprendía que hubiesen madrugado tanto, esperaba verlos después de la reunión con sus oficiales. Valentino vestía su sombrero puntiagudo negro, y su grimorio levitaba a su lado. Llevaba jubón de terciopelo azul, ricamente bordado con hilos de oro y perlas, y un doblete de seda negra, ajustado con botones de oro que realzaban su porte noble. Sus mangas abullonadas caían elegantemente sobre sus brazos, adornadas con encajes y más joyas. Gespìrito llevaba un fajín de seda, del cual colgaban cintas de seda que rozaban el suelo. Sus calzas, ajustadas y de un tono dorado, destacaban la agilidad de sus piernas. En su cuello, una gorguera de encaje blanco rodeaba su garganta con elegancia. Ambos calzaban botas de cuero fino, pulidas hasta brillar como el bronce.

—Princeso —lo llamó Valentino —. Maldito adicto a la adrenalina. ¿Tan mal va el matrimonio que te tienes que tirar por un acantilado?

Gaspar bajó del pegaso y le dio las riendas al mozo de cuadra. Tomó las toallas que los sirvientes le ofrecían y comenzó a secarse.

—El matrimonio va bien, es mi hermano queriendo empezar guerras lo que me hace querer tirarme por acantilados.

—Ya me quemé con este horrible té que Don Domingo prepara, no necesito que tú me quemes también —dijo, aunque le dio un sorbo igualmente. Al ver que su antiguo maestro se lo quedaba mirando, sorprendido y aguardando que dijera más, añadió —: No va a haber guerra ninguna, Don Domingo, todo lo contrario. Mis hermanos son muy dramáticos, pasan demasiado tiempo con Aurora. En cuanto la custodia y la primera muralla caigan, saldrán con el rabo entre las piernas, las cabezas agachadas, y las lenguas fuera buscando la suela de nuestros pies desesperadamente.

Hizo un gesto obsceno con la lengua que consiguió que Gespirito sonriera.

—¿Verdad que sería genial si eso ocurriera? —dijo Gaspar, poniéndose una camisa recién planchada.

Se acercó a la araña de armadura que sus escuderos habían sacado fuera de su tienda y, con un gesto de la mano, les ordenó que empezaran a ponérsela. Valentino se levantó de su asiento y paseó la mirada por la Isla de Enther.

—¿Qué clase de gente sería capaz de vivir en un tugurio como este? —dijo, señalando el castillo de Cym Enther —. Tenemos que nadar o esperar a que la marea baje para siquiera poder entrar. Es la clase de sitio donde vivirían los malos de una obra de teatro. Hace falta un sentido del humor enfermizo para siquiera concebir la idea de construir un castillo así.

—Los malos de una obra de teatro, o quizás gente muy insegura y asustada, buscando desesperadamente un lugar en el que refugiarse —dijo Gespirito con tono sabio.

—Eso es todavía peor.

—No es tan malo una vez te acostumbras —señaló Gaspar mientras le ajustaban una hombrera —. Lo que pasa es que vosotros estáis acostumbrados a vivir de lujo en el palacio de Diamanthora. Sois muy finos.

—“Sois muy finos”, dijo el princeso mientras uno de sus cuatro escuderos le ajustaba las correas de su guantelete para que no tuviera que herniarse haciéndolo él mismo —dijo Gespirito, haciendo como que escribía una obra de teatro con una pluma imaginaria.

Levantó los brazos instintivamente para protegerse la cara al ver que Gaspar se disponía a tirarle el otro guantelete, aunque al final no lo hizo.

—Si tanto te molestan nuestras finas necesidades de nobles, permíteme mostrarte lo que he traído —dijo Val —. Te garantizo que es mucho más vulgar que cualquier castillo inmundo. Mis enanos están esperando fuera del campamento, junto con los cañones.

Cuando terminaron de ponerle la armadura negra y zafiro, Gaspar siguió a sus hermanos, subiendo por una colina, abandonando su perímetro personal y viendo ante sí el campamento en todo su esplendor. Tiendas de campaña se alineaban ordenadamente en un claro entre los acantilados y un bosque en la lejanía. Mostraban los colores azul y negro tanto en las lonas como en las muchas banderas de la casa Lobera y la Liga de Magos. Un foso las circundaba, proporcionando una barrera natural. No se molestaron en construir empalizadas, pero sí habían levantado postes altos con ballesteros en sus cimas. La necesidad de defensas era casi nula en aquellas tierras, que estaban no solo en el corazón de la Liga, sino en el bastión ancestral de la familia, pero era buena práctica para los cadetes y aprendices de albañil. Soldados con armaduras afilaban espadas, practican tácticas bajo las órdenes de sus superiores y mantenían la fogata central encendida. Sus yelmos estaban adornados con alas de murciélago, como era la costumbre entre los elfos oscuros, y capas zafiro les caían de los hombros. Padre había decretado que todas las fuerzas militares que habían jurado vasallaje a la Liga portasen los mismos colores al ser convocados para asuntos de la misma. Algunos de los guerreros mostraban intricados patrones de runas grabados en sus brazaletes, yelmos, petos, grebas, capas y espadas, indicando que eran caballeros rúnicos. Dioses entre hormigas, al menos cuando se trataba de hacer la guerra. A veces las runas se iluminaban con ciertos colores dependiendo de la circunstancia. El sonido de la herrería y tambores llenaba el aire mientras caballos relinchaban en establos improvisados.

Gaspar había traído a medio centenar de artilleros, ingenieros, mecánicos, maestros artesanos, matemáticos, contramaestres, magos y, por supuesto, soldados de la Liga, junto con su guardia personal de caballeros rúnicos. El senescal de Cym Enther también trajo a su guardia personal y oficiales. Además de al senescal, Gaspar había invitado a algunos de sus vasallos y algunos de los de padre para el evento, quienes a su vez habían traído a sus guardias. Se iba a reunir con ellos y con sus oficiales en breves. En total había alrededor de trescientos elfos en el campamento. Eran más de los que se esperaba, pero a veces resultaba difícil contener el entusiasmo de sus vasallos cuando los convocaba.

Mientras se paseaban entre los pabellones de camino a la caravana de enanos que Gaspar podía ver en la distancia, los soldados que notaron la presencia de su señor rápidamente su pusieron en formación y le dieron el saludo militar, sin necesidad siquiera de que sus capitanes se lo ordenasen. Un golpe en el lado derecho del pecho seguido de llevarse la mano a la sien. “Mis capas azules”, pensó Gaspar. Según tenía entendido, así era como ahora la plebe llamaba a las fuerzas de la Liga. Algunos se atrevían a extender el brazo para tocarlo mientras pasaba. Gaspar nunca había castigado a nadie por ello.

Don Rodrigo, el capitán de su guardia personal de caballeros rúnicos y mejor amigo, salió de su tienda y lo saludó levantando el brazo. Gaspar le indicó con un movimiento de la mano que lo siguiese, y Don Rodrigo empezó a dar órdenes a soldados. Valentino caminaba a grandes pasos por delante de él. Finalmente alcanzaron el primer carromato tirado por pegasos, los cuales comían aveno bajo el cuidado de hombrecillos fornidos y de barbas tan largas como la de padre.

—Buenos días, señor duque —dijo Brudhil Martillo-Gris, maestro artesano al servicio de Valentino. Era un enano de cabellera y barbas negras, piel pálida y voz tan grave como las piedras entre las que vivía —. Como siempre, un gusto verlo.

—Buenos días, Brudhil. ¿Cómo está su hija?

—Aquí —dijo una mujer saliendo de detrás del carromato portando una llave ajustable en una mano y una vara de metal en la otra. Llevaba gafas de soldador hechas con vidrio ahumado, una invención moderna —. Un problema de soldadura de último momento —añadió al ver cómo el duque miraba su vara de metal. Uno de sus extremos era incandescente, pues era un artefacto mágico inscrito con runas parecidas a las de su espada Tizón y que podían aumentar la temperatura del metal que las portaba. Era muy útil para soldar.

—He preguntado cómo estás, no dónde estás, Moira —respondió el duque tomando su mano y dándole un beso.

—Pues muy bien —respondió Moira sin prestarle mucha atención.

—¿Problema? —dijo Valentino, apresurándose a inspeccionar el contenido del carromato— Querrás decir “mejora de soldadura de último momento”, que aquí problemas no hay ninguno.

Dio un movimiento de mano y su grimorio se abrió, movió las páginas él solo, y se detuvo en un pasaje de runas que brillaron con multitud de colores cuando Valentino las leyó. Una ilusión traslúcida de un cañón apareció sobre el tomo, representando una miniatura de lo que Gaspar dedujo era la pieza dañada.

—Llámalo como quieras, Val, pero quitarle el soporte y las ruedas a un cañón a veces desnivela las juntas —dijo Moira Martillo-Gris.

—Eso tiene fácil solución, por medio segundo me tenías preocupado —respondió Val dando un aspaviento.

—¿Quitarle el soporte y las ruedas? —preguntó Gaspar, aunque en cuanto alcanzó a Valentino y pudo ver el otro lado del carromato supo al instante a lo que la enana se refería: había tubos de cañón apilados en su interior, pero faltaban cualquier tipo de cureña para soportarlos y las ruedas para moverlos.

—No entiendo, hermano. Siempre que nos traes cañones ya vienen armados, ¿por qué ahora los traes en piezas?

—No vienen en piezas, Gaspar. Son así.

El duque alzó las cejas.

—¿Así? ¿Así cómo, incompletos? De nada sirve que derriben custodias y murallas si no podemos moverlos. ¿Dónde están las ruedas?

—No necesitamos rueda. La he reinventado. Una mejora de último momento.

Volvió a mover la mano y su grimorio volvió a pasar las páginas a gran velocidad. Se detuvo y Val leyó las runas, haciendo que brillasen con colores verdes y azules. Gaspar no era ningún runista, pero entendía lo suficiente para saber que su hermano estaba conjurando un hechizo de levitación. Había muchos tipos de magos, y al igual que padre, Valentino había sido entrenado en Dacaroth para ser un levimante, especializado en mover objetos sin tocarlos. Era una habilidad mágica muy útil en arquitectura e ingeniería.

Como si cuerdas y poleas invisibles hubiesen aparecido de la nada, seis de los cañones apilados se levantaron solos. Gespirito, que estaba a lado de Gaspar, se llevó la mano a la boca para disimular su sorpresa.

—Eso son como seis toneladas lo que estás levitando, ¿no?

Valentino sonrió y volvió a leer de su grimorio, haciendo que los cañones salieran del carromato de uno en uno y se posicionasen a su alrededor, envolviéndolo. Cada uno estaba conectado a un pequeño tanque de éter mediante un tubo de cobre.

—Sí, seis es lo más que puedo levantar. No es un simple hechizo de levitación, sino también un encantamiento oneiromántico que les da consciencia, como los grimorios. Les puedo ordenar que activen las runas pirománticas en la mecha y disparar. Mientras dispongan de una fuente de éter, no es necesario cargarlo con balas de cañón. Ni siquiera hace falta pólvora. La mecha simplemente enciende la mezcla alquímica en la recámara necesaria para reaccionar con el éter y crear un hechizo de fuego en Angaz cuatro mayor. ¿Queréis verlo ahora mismo?

Las runas en el grimorio volvieron a brillar y los seis cañones rápidamente se movieron, apuntando en dirección al bosque.

—No será necesario, Val. Mis hombres ya han preparado un perímetro mirando al mar, con maniquíes de paja y todas las medidas de segu…

El estruendo resonante hizo que Gespirito y los enanos se encogiesen del susto. Chispas de energía etérea danzaron sobre los cañones, y luz celeste emanó de sus bocas de fuego encantado. Seis haces de energía etérea vibrante se lanzaron sobre la llanura, tejiendo un resplandor iridiscente en su camino hacia el bosque. El paisaje se iluminó con destellos azules y el torrente de energía impactó contra los árboles, desencadenando un aluvión de explosiones y luces parpadeantes. El estruendo arrancó ecos entre los troncos ascéticos, los cuales se sacudieron violentamente. Las hojas temblaron antes de ser arrancadas de sus ramas, y al poco rato quedaron envueltas en llamas junto con el resto de la maleza a muchos metros a la redonda. Gaspar observó el fuego mientras la onda expansiva los azotaba con un viento furioso.

—Oops, qué torpe, se me fue el dedo —dijo Valentino.

—Joder, Val….

Gespirito miraba el espectáculo completamente atónito. El fuego se expandía como una estampida de fieras rugientes. Gaspar, por su parte, necesitó unos segundos de silenciosa contemplación para asimilar lo que acababa de ver. Cuando lo hubo hecho, se acercó a Val con largas zancadas. Por la cara que este puso, pareciera que pensaba que le iba a dar un puñetazo por haber disparado sin su permiso. En vez de eso, Gaspar le dio una bofetada juguetona en el mentón y le estrechó el hombro.

—Lo has conseguido, cabronazo. Los has hecho funcionar.

—La Liga te nombrará Trismegisto por esto, Val —señaló Gespirito.

—¿Trismegisto? Deberían nombrarme hechicero supremo y mandar al viejo a ponerse sus pantuflas, pijama, bata e irse a tomar una siesta, que falta le hace.

—Sí, claro. Papá controla la Liga con mano de hierro, así que te lo veo crudo —repuso Gespirito.

Don Rodrigo, seguido de sus caballeros y de los oficiales de artillería, llegó corriendo y jadeante. El senescal también lo seguía.

—Gaspar… señor Duque… ¿está bien?

—Sí. Mi hermano se ha adelantado a nuestros preparativos. —Señaló el bosque en llamas —. Eso es el resultado de su nueva artillería.

—Muy impresionante —dijo el senescal —, pero ahora vamos a tener que alertar a Villa Tenebrosa del incendio. Es un fuego muy grande y la villa está a tan solo unos kilómetros.

Fulminó a Valentino con la mirada. Este se encogió de hombros.

—Diles que dejen de ser tan tenebrosos y pongan alguna luz para ver en qué dirección escapar.

—Encárguese usted, Don Antón, de mandar aquamantes y caballeros. Ahora debemos atender asuntos mucho más apremiantes —dijo Gaspar.

El senescal asintió y, tras dar una reverencia, procedió a cumplir con su deber.

—Montad los cañones en el campamento, tal y como hablamos. Brudhil Martillo-Gris os ayudará —les ordenó a los artilleros.

—No tan rápido, princeso —dijo Valentino —. Se te olvida el pequeño, casi insignificante detalle de que esto es una transacción comercial. Primero mi pago, luego los cañones.

Gaspar suspiró.

—Muy bien, ¿qué quieres?

—La luna, el sol, un palacio de oro puro y mil furcias. —Moira se lo quedó mirando con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Val y ella eran amantes, aunque lo mantenían en secreto por razones obvias. Gaspar y Gespirito eran los únicos que lo sabían —. Y furcios también, para Moira.

—No estoy seguro sobre la luna y el sol. ¿Alguna otra cosa?

Valentino chascó la lengua.

—En ese caso me conformaré con el título de Trismegisto y… dominios asociados con el título. Quiero Nyramas.

Gaspar miró a su hermano de arriba abajo. Nyramas, al igual que Cym Enther, pertenecía a las Tierras de la Noche, el lugar de origen de los elfos oscuros y su principal asentamiento. La inmensa mayoría de sus habitantes dormían de día y hacían vida de noche. Abundaban los bosques de hongos fosforescentes que proporcionaban luz en la oscuridad, así como ciénagas cubiertas con infinidad de luciérnagas gigantes, y cordilleras de montañas afiladas y negras como la obsidiana repletas de piedras y cristales con luz propia. Los cielos brillaban con auroras boreales. Antes de que padre se convirtiese en hechicero supremo y construyese Faros, las Tierras de la Noche no eran un lugar muy rico. No había grandes minas de piedras preciosas, como en el imperio de Diamanthora, y los cultivos crecían con dificultad. Pero lo que sí que abundaba era éter. Estaba en todas partes, en el aire, agua, tierra y bosques.

Las Tierras de la Noche también albergaban la sede de la Liga de Magos, el Arcanorium, un inmenso Faro que padre usaba como su centro de operaciones e investigación. Nyramas no quedaba muy lejos.

—Padre vendrá al atardecer, puedes hablar con él sobre el tema. Yo solo estoy aquí para jugar con los cañones. ¿Vas a dejar que mis artilleros los usen o los has traído para nada?

—Los traje para venderlos, pero el viejo está usando sus tácticas clásicas de negociación. Que se haga de rogar todo lo que quiera, no le va a servir de nada. He puesto medidas de seguridad para que nadie me robe mis juguetitos…

Señaló una runa grabada en un costado de cada cañón. Esta emitió un brillo carmesí cuando Gaspar detuvo la mirada en ella.

—¿Un hechizo de sangre?

Valentino asintió.

—Solo yo puedo activar las runas pirománticas que encienden la mecha. Cualquier otro mago que trate de leer las runas solo está desperdiciando éter. Tampoco pueden leer los glifos que componen el resto de runas, gracias a un hechizo oneiromántico que las vuelve ilegibles si alguien trata de replicarlas. Así que adelante, haz todas las pruebas que quieras, cuéntale los dientes, hazles la manicura, pero al final vais a tener que negociar conmigo si queréis que deshaga el hechizo.

—Vale, vale —dijo Gaspar con una risa —. No te me pongas respondón a mí, que yo solo soy el brazo ejecutor. Es con el hechicero supremo con quien tienes que ponerte agresivo.

—Siempre lo hago, y con placer.

3

Los magos de batalla trataban torpemente de levitar los cañones y apuntarlos en dirección al campo de maniquíes de paja. Ninguno tenía el talento levimántico de Valentino, a pesar de que habían recibido la misma educación y todos pertenecían a familias nobiliarias. La levimancia era una disciplina difícil. La mayoría de sus hechizos requerían de lo que los magos llamaban “lecturas paralelas”, es decir, leer más de una runa al mismo tiempo. Un estruendo indicó que uno de los magos había vuelto a chocar su cañón con el de otro elfo.

—¡No, en tres menor! ¡Sörg en tres menor! Es la runa Seoran en paralelo la que tenéis que leer en quinta menor —les gritó Val.

—Va a llevar algo de tiempo entrenar a mis magos de batalla. No era tan fácil como tú lo hacías parecer —dijo Gaspar.

Ambos estaban afuera del pabellón principal, con vistas al campo de disparo. Los acompañaban Gespirito, Don Rodrigo, Brudhil, Moira, el archimago Arather, Don Domingo, y varios otros consejeros y vasallos. Los sirvientes pusieron sillas y mesas, y los coperos se paseaban llenando copas de cristal con brandy y vino. Habían tenido una reunión militar para discutir las implicaciones de la distribución de suministros ahora que la Liga había impuesto un bloqueo a la ciudad republicana de Bruxa. Padre adoraba las repúblicas, eran buenas para hacer dinero, decía, pero odiaba las democracias, lo cual eran dos actitudes conflictivas. Dejaron los cañones, la razón por la que estaban ahí, como último tema de discusión. Algunos de sus vasallos ni siquiera sabían lo que era un cañón, los confundían con fuegos artificiales, y a sus levimantes les estaba costando controlar una tonelada de metal en el aire.

—Solo llevan un par de horas practicando —respondió Val —. Menos mal que tengo el hechizo de sangre. Esto sería muy divertido de lo contrario.

—¿Por divertido quieres decir que ya seríamos daño colateral?

—Exacto.

Otro mago hizo que su cañón saliese volando en dirección a uno de los establos improvisados, y lo hubiese hecho pedazos si no fuese porque otro mago consiguió que volviera a levitar. Era por eso que el archimago Arather había ordenado levantar una custodia en el pabellón principal.

—Estoy pensando en simplemente mandar que mis albañiles les pongan unas ruedas y cureña. Levitar toneladas de metal es demasiado complicado.

Val negó con la cabeza.

—No existe material lo suficientemente duro como para resistir el retroceso. Lo tengo intentado con ilusiones y el tubo salía despedido dando vueltas y haciendo llover energía etérea por todas partes como un adolescente que acaba de descubrir cómo machacarse la nutria —Movió el puño de arriba abajo y luego abrió la palma para ilustrar su punto, en caso de que no hubiese quedado claro —. Tus magos tal vez sean unos levimantes de pacotilla, pero siguen siendo nuestra mejor opción.

Continuaron observando hasta que los seis magos consiguieron apuntar a los acantilados. Los cañones eran mucho más destructivos de lo que Gaspar se esperaba, así que había ordenado que moviesen los maniquíes mucho más lejos y con el mar a sus espaldas, por seguridad. Se sacó una pequeña llave de cobre y la usó para darle cuerda a su reloj de bolsillo, un objeto esférico que, al abrirlo, mostraba agujas apuntando a las horas y minutos del día.

—Dile al segundo mago a la derecha que suba el ángulo —le ordenó al archimago Arather, su maestro de lo arcano. Este asintió y se apresuró a obedecer.

Cuando por fin todos los cañones estaban alineados correctamente, miró a Valentino y asintió con la cabeza. Este leyó de su grimorio, y tras unos segundos, las mechas echaron chispas. Gaspar rápidamente quitó la llave del reloj para que empezase a contar los segundos y se llevó su catalejo al ojo.

Cinco de los haces de luz se fueron a perder al mar, causando grandes nubes de agua en el horizonte. Sin embargo, el único que consiguió acertar barrió el campo de todos los maniquíes, no solo reduciéndolos a cenizas, pero dejando un gran cráter donde antes solían estar. Valentino rio mientras miraba por su catalejo.

Gaspar notificó a sus ingenieros y matemáticos sobre los segundos que le llevó dar en su objetivo. Val y él procedieron a hablar con ellos sobre temas de distancias, ángulos, tiempo de disparo, gasto de éter y demás logísticas, cuando vieron al senescal de Cym Enther, Don Antón, acercarse apresuradamente. Sudaba y jadeaba.

—Villa Nocturna y sus habitantes están a salvo. Hemos logrado contener el fuego en esa zona, aunque se ha expandido por el bosque profundo.

—Buen trabajo, Don Antón —dijo Gaspar sin prestarle atención e inmediatamente reanudando la charla con sus consejeros.

—Debe saber, señor duque —continuó entonces el senescal —, que en lo profundo del bosque tenebroso vive un conclave de druidas. Quizás salgan afectados por esto, y aunque ese no sea el caso, no aprecian que se altere su ecosistema.

—Viven sin pagar alquiler en nuestras tierras y aún por encima se ponen exquisitos —dijo Valentino —. Diles que si algo hay en abundancia es bosque, que se vayan a otro.

—Felicidades por su artilugio mágico, su grandeza es incuestionable. Pero con todo el respeto, les ruego que, por favor, la próxima vez que hagan pruebas de artillería, tengan más cuidado.

Y sin aguardar respuesta, dio una reverencia, se dio la vuelta y entró al pabellón principal.

—Vale, mamá —dijo Valentino, que se había quedado mirando cómo el senescal se alejaba.

—Tiene razón. Yo poniendo cuidado en preparar un campo de tiro con el mar de telón de fondo y tú tienes que abrir fuego en el único sitio que no está desierto —respondió Gaspar mientras trataba de entender los planos y diagramas que le habían puesto delante.

—¿Sabes qué? —dijo Val.

—Oh, no. ¿Qué vas a decir ahora?

—Disparar a maniquíes con esta artillería es un poco tonto. Ya ni siquiera estamos usando bolas de cañón. Lo que sería mucho más interesante es si mandamos levantar las custodias de Cym Enther y…

—No.

—… y abrimos fuego. Solo hasta que la primera custodia caiga, nada más. Es como meter “solo la punta”, pero para destruir castillos viejos.

—No.

—¿Cómo vamos a abrir fuego contra nuestro propio castillo, Val? —dijo Gespirito — ¿Ya has estado tomando elixires o qué?

—Solo digo que lo tenemos a huevo. La posición y todo. Los cañones tienen un alcance de un kilómetro, tal vez kilómetro y medio. Cym Enther no puede estar mucho más lejos, ¿no?

—Sí. Está lejísimos, abandona la idea.

—Papá te mataría si se… enterase… —comenzó a decir Gespirito, aunque a medida que hablaba perdía la confianza en sus propias palabras.

—Mis cojones. Al viejo le encantaría la idea.

—¡Ni se lo menciones! —le espetó Gaspar.

—Volar por los aires Cym Enther y a tomar por culo. Siempre se está quejando de lo costoso que es mantener el castillo en pie y que deberíamos reducirlo a cenizas y poner un Faro en su lugar. El Arcanorium y la fortaleza de Irinea son mucho más difíciles de tomar, así que realmente Cym Enther solo sirve para empoderar al senescal Antonto. Un día de estos a lo mejor hasta se le pasa por la cabeza que deberíamos firmar un contrato de vasallaje con él, ¿os lo imagináis? Será un simple mayordomo, pero en su cabeza ya es dueño de nuestro castillo y nuestras tierras. Boom y fuera problemas.

—No es mala idea nombrarlo vasallo, siempre que pague impuestos. Nos libraríamos de muchas responsabilidades. De todas formas, solo te ha dicho que por favor no causes más incendios, no tienes que destruir su castillo por eso.

—¡Ajá, lo ves! Hasta tú ya piensas que es su castillo, y eso que creciste en él. De la verdad tácita a la verdad a secas solo hay papeleo de por medio, hermano.

De pronto el grimorio de Valentino empezó a agitarse inquieto. Abrió las páginas y le mostró algo que consiguió que frunciera el ceño en confusión.

—Alguien está tratando de abrir un portal dentro de la custodia que rodea el pabellón. Y lo va a conseguir en unos segundos. Eso solo puede significar…

A pocos metros del pabellón la luz empezó a distorsionarse, como si el espacio se estuviera plegando sobre sí mismo. El suelo empezó a vibrar levemente. Éter celeste emanó de la distorsión, la cual se fue haciendo más y más grande. Oyeron un sonido parecido a si un relámpago hubiese golpeado una campana, y una silueta apareció en medio del gas. Padre.

El anciano paseó su ojo verde reptiliano entre todos los presentes y dio grandes zancadas en dirección a Gaspar. Vestía una túnica confeccionada con exquisitas telas de terciopelo en tonos profundos de azul noche, adornada con bordados plateados que parecían emitir destellos. También llevaba su sombrero de copa alto, decorado con símbolos arcanos y piedras preciosas incrustadas que centelleaban con una luz propia. Una capa bordada con hilo de plata colgaba majestuosamente de sus hombros. Un cinturón de cuero sostenía varios pequeños bolsillos y estuches, y guantes también de cuero cubrían sus manos. Se apoyaba en Colatho, su bastón, al caminar.

—Hola —dijo.

—Hombre, viejo, por fin te dignas a aparecer. Ya me parecía que podía oír a niños llorando en la distancia, viudas gimiendo de tristeza por la pérdida de sus maridos, y hombres chillando de dolor mientras llaman por sus madres.

Padre le tiró de la oreja a Val levemente y le revolvió el pelo.

—No esperaba que vinieras tan pronto —dijo Gaspar.

—Antonto me ha mandado un mensaje a mi grimorio diciendo que habéis prendido fuego al bosque tenebroso donde solía cazar vuestro abuelo, así que he decidido venir antes de que os parezca buena idea volar por los aires Cym Enther también.

—Solo a Val le parecía buena idea —dijo Gespirito —. Hola papá.

—Hola, hijo. ¿Qué coño haces aquí?

El senescal y sus guardias salieron del pabellón al escuchar la voz de padre. Gespirito se tomó un par de segundos para recuperarse de la pregunta, tras lo cual dijo:

—Pues…. uhmmm… supongo que vengo a visitar a mis hermanos mientras ponen a prueba… ya sabes.

Se volvió a ellos en busca de auxilio, pero Val por lo visto tenía algo muy urgente que requería su atención en el grimorio, y Gaspar prefirió enterrar la vista en los diagramas y planos.

—¿De visita? Esto es un campamento militar de la Liga de Magos, ¿qué pinta vuestro hermano aquí? —dijo padre, volviéndose a Gaspar, el cual se encogió de hombros.

—Simplemente está aquí, viejo. Existe. Acéptalo. Vive con ello. La estrategia que yo uso es imaginándome que Gespirito en realidad es un figmento de nuestra imaginación, atormentándonos por nuestros pecados, y en realidad no está aquí.

—Soy un consejero —dijo Gespirito, dándole un manotazo a Val cuando este le dio un pellizco para asegurarse de que estaba ahí.

—Sí, estaríamos perdidos sin él. No sabríamos en qué burdel están las mejores putas.

—Cierra un poco la bocaza, Val, anda, que acabo de llegar y ya me estás dando dolor de cabeza. ¿Consejero en qué? —preguntó padre, frunciéndole el ceño a Gespirito.

—Pues consejero de cualquier cosa. Soy un genio polímata superdotado.

Don Rodrigo, Don Antón, el archimago Arather, Don Domingo, y muchos de los vasallos sentados en las sillas estallaron en carcajadas. Val también empezó a reír, pero al ver cómo Gaspar lo fulminaba con la mirada prefirió pasarse la mano sobre la cara, como si fuera una cortina, y ponerse serio. Gespirito miraba de un lado a otro, aparentemente sin comprender por qué se reían.

—Ajá —dijo padre —. Fuera.

Señaló los establos.

—¡Pero papá…!

—Ni pero ni paro. A tomar por culo. Vuelve cuando seas caballero rúnico o mago. Haz algo con tu puta vida de una vez.

Gespirito ya se estaba dando la vuelta de camino a su carruaje tirado por pegasos antes siquiera de que el anciano terminase la frase. Gaspar levantó los brazos y se quedó mirando a padre como si este fuera imbécil.

—¿Qué? Se pasa los días despilfarrando dinero en obras de teatro que no llegan a nada y en fiestas. Si todo viniese de su paga no habría problema, pero a veces llegan facturas a su nombre al banco de la familia. Va por ahí presumiendo de que domina todos los léxicos rúnicos, pero ni fue capaz de terminarse su educación en Dacaroth, ni tiene experiencia, ¡ni siquiera tiene un repositorio de hechizos escritos por él! Su chambelán lo tiene que ayudar a mandar mensajes con su grimorio. Es un gandul y vividor, ¿y se piensa que le voy a dar un asiento en cualquier consejo remotamente importante? —Se volvió al resto de consejeros y vasallos — ¿Alguno de vosotros ha traído a sus hermanos, primos, cuñados y suegras inútiles?

Hubo negaciones verbales y con la cabeza.

—Qué oportuno que saques el tema, viejo, porque yo quiero el asiento de Trismegistro. Voy a presentar mis cañones etéreos como mi obra maestra.

—Gespirito, vuelve, anda, que padre está de broma —gritó Gaspar.

—¿Tus cañones etéreos? ¿Esos cuyos diseños has robado de mis archivos en el Arcanorium?

—Menos humos, viejo, que no te he robado nada. Al menos no esta vez.

—Has hecho ingeniería inversa de mis faros, con un hechizo Angaz para convertir el éter en fuego.

—Es derivativo de tus trabajos, pero no te robé nada.

Padre dio un bufido y tornó la cabeza en dirección a los levimantes. Observó los cañones mientras flotaban.

—¿Cuál es su potencia destructiva?

—Eso es lo que esperaba descubrir hoy, pero Gaspar no me deja abrir fuego contra Cym Enther. Es seguro estimar que un disparo de un cañón es el equivalente a cien hechizos Angaz en cuarta mayor.

El Loberanomicón, el grimorio de padre y el libro más famoso en la historia de la magia, se abrió. El patrón de luces azules y verdes indicaban que estaba preparando un hechizo de levitación.

—Yo puedo controlar seis cañones a la vez —dijo Val, echando pecho —. Los levimantes de la Liga llevan aquí desde la hora del almuerzo y a duras penas controlan uno, así que ten cuidado, no vayas a romper algo. No te olvides de usar Sörg en tres menor y no quinta menor.

Padre dejó de leer las runas y miró a Valentino con cara de asco.

—Gracias, hijo. Muchas gracias por darme consejos sobre magia a mí, el hechicero supremo de la Liga de Magos.

A Val el comentario le pareció gracioso, pero la sonrisa enseguida se le borró de la cara cuando los seis cañones giraron y, en perfecta fila uno detrás del otro, emprendieron el rumbo en dirección a padre.

—¿Sólo trajiste seis?

—Ahmmm… —Val todavía observaba estupefacto cómo las seis toneladas de metal desfilaban —. No, hay otros seis en el carromato allí

Tan pronto señaló la ubicación del carromato, las puertas del compartimento de cargas se abrieron como si una fuerza invisible las hubiera pateado y los tubos de metal desfilaron de uno en uno. Se reunieron con el resto en el pabellón principal. Padre siguió leyendo de su grimorio, y los doce cañones se apilaron unos sobre otros, formando una estructura circular. Los levimantes comenzaron a vitorear y armar revuelo al ver el despliegue de magia.

—Veo que ya les has cogido el truco —dijo Val — ¿Los compras, entonces, o qué? Quiero que me asegures el puesto de Trismegisto, y tierras. Nyramas.

Padre parecía muy entretenido ordenando y reordenando los cañones.

—¿Comprar qué?

Valentino buscó a Gaspar con la mirada y sonrió.

—Mis cañones.

—¿Tus cañones?

Padre se volvió a Valentino y, al hacerlo, los cañones también giraron y lo apuntaron directamente. Los sirvientes y consejeros que estaban detrás de él se agacharon inmediatamente o corrieron. Gaspar apuró su copa de brandy y se levantó. Hubo sonidos de cristal rompiendo contra el suelo y objetos cayendo. Valentino sonrió, aunque su rostro se había vuelto blanco como la cera.

—Sí, mis cañones.

—Yo aquí solo veo los míos, hijo.

—Pues te deben de estar saliendo cataratas en el otro ojo también, porque aquí solo hay los míos. Princeso, ¿qué es esto?

A despacio, Gaspar se acercó.

—Tranquilicémonos un poco, que creo que estamos un poco alterados de más hoy. Somos familia y nobles, no verduleras discutiendo en el mercado.

—Muy bien dicho —aplaudió el archimago Arather.

—Que tu padre y hermano te roben suele ser un buen motivo para alterarse, princeso.

—Cree el ladrón que todos son de su misma condición —refunfuñó padre.

—Nadie te está robando. Hablemos en privado —dijo Gaspar, señalando el pabellón.

—Yo no necesito hablar con nadie en privado —repuso padre —. Ya me he decidido. No voy a pagar por algo que ya me pertenece, y menos a cambio de Nyramas, que tiene una fortuna en éter y está cerca del Arcanorium. No voy a mandar ninguna carta, ni al Relaciones ni a nadie más, negando nuestra intención de comprar tierras, librándote de quedarte solo a darle explicaciones al consejo de Altos Elfos. Considera eso pago suficiente por tu proyecto “derivativo” de mis trabajos. Hasta luego.

Agitó su bastón y un portal apareció en el lugar donde lo había apuntado.

—¡Maldito seas! —gritó Valentino, sin poder contener una media sonrisa en la cara.

Aquel había sido su error. Eso y que le quedó muy sobreactuada la frase. Padre lo notó al instante y se detuvo delante del portal. Paseó su ojo reptiliano por los cañones que levitaban sobre él, y no tardó en detenerse en el sitio donde estaba la runa carmesí invisible. Las runas en el Loberanomicón brillaron sin necesidad de que siquiera detuviera la mirada en sus páginas, y poco a poco las runas en los cañones se revelaron con una luz rubí.

—Ah —dijo —. Un hechizo de sangre.

Valentino le dio la espalda a padre y apretó los ojos de aquella forma que hacía cuando lo descubrían en una travesura.

—Yo no le dije nada —Gaspar levantó los brazos y alzó las cejas, librándose de la culpa.

—Lo sé —dijo Val, mordiéndose el labio.

—Un hechizo de sangre para que no pueda leer los glifos que componen el hechizo, y por lo tanto no pueda reproducir los cañones a gran escala. Me imagino que ya estabas planeando una segunda reunión en donde me prestarías un poco de tu sangre para deshacerlo a cambio de firmar delante de los Trismegistros. Todo esto no es más que un cebo. Un cebo arriesgado, debiste haberte limitado a mandar a Brudhil Martillo-Gris.

—Ni tú ni el princeso os molestaríais en reuniros con un enano. Pero es igual, ahora que ya sabes lo que hay mándame un mensaje cuando te decidas.

Un portal se abrió detrás de Valentino. Gaspar vio que, detrás de ellos, Brudhil sostenía un bastón choromántico en su mano, el cual brillaba con runas doradas, indicando que lo acababa de usar. Ya habían planeado lo que hacer en caso de que padre descubriera el hechizo de sangre. Su hermano se dio la vuelta, agarró su libro al vuelo y corrió hacia la apertura, pero no fue lo suficientemente rápido. Antes de que se engullese en la nada, una fuerza invisible lo arrastró violentamente. Trató de leer de su grimorio, pero este salió despedido de entre sus dedos y voló rápidamente hacia la palma abierta de padre. El Loberanomicón brillaba con multitud de colores y pasaba las páginas a gran velocidad. Padre se conocía combinaciones de léxicos ancestrales y modernos que servían como atajos para leer docenas y docenas de runas al mismo tiempo. En menos de lo que se tardaba en parpadear Valentino estaba de vuelta en el pabellón principal, levitando ante padre. Gaspar desenfundó a Tizón. La espada brillaba con mil runas zafiro.

—Suéltelo, padre.

Ninguno de los consejeros, vasallos y oficiales se movió de su sitio.

—Solo será un momento —dijo el anciano, tirando el grimorio de Valentino al suelo y sacando una pequeña aguja de uno de sus estuches.

Valentino gimoteó, revolviéndose en el aire, tratando en vano de librarse de las ataduras invisibles.

—¡Eres un viejo senil y amargado! Mucho decir que Gespirito no hace nada con su vida, pero así lo pagas cuando uno de tus hijos trata de hacer algo grandioso.

—“Trata”. Ahí has hablado con propiedad.

Pinchó con la aguja en la mano de su hijo y sacó una gota de sangre. La dejó caer sobre su grimorio, y runas carmesíes invadieron las páginas. El archimago Arather observaba maravillado cómo padre seguía haciendo levitar los doce cañones, a Valentino, mantenía su portal abierto y deshacía el hechizo de sangre todo al mismo tiempo.

—Verdadero genio —lo oyó Gaspar musitar.

—Suficiente, padre. Juro que voy a partir tu Loberanomicón en dos.

Dio unos pasos con Tizón en alto, dispuesto a cumplir su palabra, pero antes de que llegase Valentino se libró. Cayó de bruces contra la tierra. Gaspar lo ayudó a levantarse, y cuando se volvió a padre, este ya había desaparecido a través del portal, junto con los cañones. Se quedó mirando cómo la distorsión se encogía hasta desaparecer, y negó con la cabeza.

—¿Estás bien?

—Genial —respondió Valentino, sacándose la tierra de su doblete de seda y recogiendo su grimorio con cuidado.

Gaspar llamó la atención de los presentes agitando la mano.

—Reanudaremos la reunión en media hora. Ven —le dijo a su hermano.

Lo guio al interior del pabellón. Traspasaron la cortina y observaron las paredes revestidas con estandartes de la Liga y tapices de batallas. El suelo estaba cubierto por una alfombra gruesa que absorbía el polvo del campamento. En el centro, una mesa plegable sostenía mapas estratégicos que contenían líneas trazadas con tinta. Las sillas de madera tallada eran simples, y al fondo había una cama rodeada de doseles. En una esquina había una mesa cuadrada, detrás de la cual se alzaba un armario adornado con runas en sus bordes. Gaspar lo abrió y una corriente de vaho emanó de dentro. Estaba encantado para mantener el interior siempre frío. Sacó una botella de brandy y dos copas, y sirvió la bebida sobre la mesa.

—Felicidades —dijo, alzando la copa. Su hermano lo miró sin entender —. Por el puesto de Trismegisto, y por armar a la familia con artillería sin parangón.

—Ah —Valentino bebió de la copa, no muy convencido. Gaspar rodeó la mesa y se le acercó.

—Con el tiempo te dará el sol, la luna y las estrellas, si eso es lo que quieres. Solo tienes que ser paciente, confía en mí.

—Sí, cuando sea una momia como él me llegará algo. Es la mejor estrategia a largo plazo, realmente. Darle todo a un hijo, a ti, y nada al resto, así la dinastía persiste por más tiempo. Al menos no me trata tan mal como a Aurora o Gespirito —miró el emblema de la Liga decorando la lona —. Siempre pensé que a padre solo le importa la Liga y aborrece a nuestra pequeña dinastía de barones. ¿Quién coño lo va a recordar por ser el barón número no sé cuántos de Cym Enther? En cambio, la historia siempre lo recordará como el cincuenta y ocho hechicero supremo de la Liga de Magos. El que convirtió una asociación de gremios en un imperio capaz de rivalizar con la iglesia y el consejo de Altos Elfos. La Liga es su legado, es a los magos a quienes debería empoderar ahora que puede. No tiene ningún sentido no hacerlo. El cálculo político no computa. Dos más dos es patata —Los emblemas de Lisandra e Irinea brillaron en el peto de la armadura de Gaspar—. Supongo que ha recuperado su fe en el sistema feudal desde que conseguiste el título de duque. Quién lo entiende.

—Es un elfo de muchos planes e intrigas —dijo Gaspar, lamentando no poder decirle la verdad a su hermano. Padre le había hecho jurar que guardaría el secreto de su testamento —. No existe ningún Trismegisto sin tierras, así que algo recibirás.

—No reconocimiento por la invención de los cañones etéreos, eso seguro. Eso voy a tener que tomarlo.

Apuró la copa y la dejó en la mesa. Se limpió con el dorso de la manga una gota que se derramó por su labio. Gaspar lo miró de arriba abajo.

—No trates de crear conflictos, hermano. Somos familia y no es necesario, créeme. Si los Altos Elfos de verdad nos van a dar una razón para ir a la guerra, lo último que necesitamos son disputas entre nosotros. Además, siempre suele ser la plebe la que sufre.

—Milhie mogal’tal, hermano. Milhie mogal’tal.

Y con eso dicho, se dio la vuelta y abandonó el pabellón, dejando a Gaspar a solas con sus pensamientos. Este tomó asiento y se terminó el brandy. Desearía poder seguir haciendo pruebas con el nuevo armamento. El día pudo haber transcurrido mejor, pero no le sorprendía el resultado. Esperaba que a Valentino se le pasase y no hiciese nada alocado, aunque lo dudaba. Sus últimas palabras resonaron en su cabeza, y recordó la ocasión en que se las había enseñado.

Ocurrió durante el torneo de Ilisea. Valentino tan solo tenía catorce años, y él veinticinco.